

# Discriminación de género y desigualdades por regiones

Las actitudes, las creencias y las prácticas que se utilizan para excluir a las mujeres suelen estar profundamente arraigadas y, en muchos casos, muy asociadas con normas culturales, sociales y religiosas. Las encuestas, los sondeos y los casos estudiados proporcionan un buen indicio del predominio de la discriminación de género en muchos países.

Una encuesta Gallup llevada a cabo en cinco países de Latinoamérica (Argentina, Brasil, Colombia, El Salvador y México) descubrió que la mitad de los encuestados creía que la sociedad favorecía a los hombres más que a las mujeres. En el Brasil, sólo el 20% de los encuestados (mujeres y hombres) cree que la sociedad trata a ambos géneros por igual, mientras que más de la mitad de los brasileños y de sus vecinos argentinos consideran que las mujeres y los hombres no disfrutan de las mismas oportunidades laborales. Aunque estos resultados están extraídos de una encuesta a pequeña escala, son un buen indicativo de un reconocimiento más amplio de la discriminación de género en la sociedad.

El examen de las actitudes sociales en asuntos específicos, tales como el acceso a la educación de las mujeres y sus oportunidades de generar ingresos, deja al descubierto incluso más claramente el alcance de la discriminación de género y permite contrastar la situación de todos los países. La Encuesta Mundial de Valores revela que un número alarmante de hombres —que, como revela el informe, a menudo tienen el poder de asignar los recursos familiares para servicios vitales como la educación y la atención sanitaria— cree que la educación universitaria es más importante para un niño que para una niña (véase el Gráfico 1.2, página 6).

Unas dos terceras partes de los encuestados masculinos en Bangladesh indican que la educación universitaria de los niños debería tener prioridad sobre la de las niñas, una opinión de la que se hace eco una tercera parte o más de los encuestados varones de México, la República Islámica de Irán y Uganda, entre otros. Sin embargo, en

algunos países, la opinión de los hombres es menos discriminatoria. Sólo 1 de cada 10 encuestados en China, y menos de 1 de cada 13 en los Estados Unidos, tenía esa misma opinión.

Estas opiniones sobre la educación se reflejan sobre todo en las actitudes hacia el trabajo de las mujeres y su participación en la política. Más del 80% de los hombres de los siete países de Oriente Medio y Norte de África en los que se realizó el sondeo cree que, cuando los puestos de trabajo son escasos, los hombres tienen más derecho a trabajar que las mujeres, y que son mejores dirigentes políticos que ellas. En otras regiones, la proporción de hombres que opinan de esta manera es inferior, pero todavía considerable.

La encuesta revelaba que las opiniones de las mujeres también pueden ser igualmente discriminatorias hacia las de su propio sexo, aunque no tan extremas. Un número sorprendente elevado de mujeres encuestadas estaban de acuerdo, y en algunos casos absolutamente, con la declaración de que los hombres son mejores dirigentes políticos que las mujeres, incluyendo a más de la mitad de mujeres encuestadas de Bangladesh, China, la República Islámica de Irán y Uganda, más de un tercio de Albania y México, y una de cada cinco encuestadas de los Estados Unidos. Estos datos subrayan el hecho de que las actitudes discriminatorias hacia las mujeres, jóvenes y niñas no las tienen únicamente los hombres sino que asimismo reflejan normas y percepciones que pueden ser compartidas por toda la sociedad. La investigación ha mostrado que cuando las mujeres dejan a un lado estas normas y se relaja la presión para adaptarse, sus valores y elecciones son muy diferentes.

Aunque estas encuestas y estudios de opinión ofrecen una ventana desde la que observar los puntos de vista de las diferentes sociedades, no pueden mostrar el verdadero alcance de la discriminación de género. Se necesitan indicadores cuantificables para conseguir un panorama más claro de las desigualdades e injusticias producidas por la discriminación de género contra

las mujeres y las jóvenes. Pero, como muchas de las encuestas y censos nacionales e internacionales no tienen en cuenta el género de las personas encuestadas, dichos indicadores son relativamente escasos. Sin embargo, los datos disponibles apuntan hacia una clara conclusión: las desigualdades entre los géneros siguen estando obcecadamente arraigadas en todas las regiones del mundo.

Un intento de captar la discriminación de género en un simple indicador es el Índice de Potenciación de Género (IPG) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en el que se evalúa la igualdad de género en las esferas principales de participación económica y política en la toma de decisiones. El Índice de Potenciación de Género incluye el cálculo de ingresos salariales (un elemento decisivo sobre la influencia de un miembro de la familia en las decisiones de la misma), el porcentaje de mujeres que ocupan posiciones laborales de rango superior y el porcentaje de mujeres en el parlamento. Como indica el IPG, la potenciación de género más baja se encuentra en las regiones de Oriente Medio y África del Norte y de Asia meridional, y la más elevada en los países industrializados, aunque existen diferencias notables entre las regiones.

A pesar de que los países más pobres tienden a tener niveles más bajos de potenciación de género, no hay una clara evidencia de que la desigualdad entre los géneros disminuya automáticamente con los altos niveles de ingresos. Por consiguiente, un bajo ingreso no tiene por qué ser una barrera para niveles más altos de potenciación de género.

*Véanse las referencias en la página 88.*